

ARTÍCULOS

EL POPULISMO LATINOAMERICANO: REALIDADES Y FANTASMAS

Arturo FERNÁNDEZ
CONICET, Consejo de Investigaciones
Científicas y Técnicas
Universidad Nacional de San Martín
✉ arturo.fernandez@unsam.edu.ar

Recibido: Septiembre de 2006
Aprobado: Diciembre de 2006

Resumen: Se presenta el carácter confuso del concepto de Populismo en el ámbito teórico y aplicado. Luego se intenta definir de manera diferenciada al populismo Latinoamericano como una original realidad socio-política histórica propia del período 1930-1985, que conformó los partidos más importantes de la región, alguno de los cuales subsisten con programas diferentes a los de sus orígenes. Esos partidos inauguraron con más o menos éxito la participación popular en la región e intentaron vanamente su desarrollo.

Abstract: The confused essence of the “Populism” concept is introduced in the theoretical and applied field. Subsequently, the author tries to define, in a differentiated way, the Latin-American populism as an original own historic socio-political reality of the period 1930-1985, that conformed the most important political parties of the region, some of which subsist today with different programs to the ones of their origins. Those political parties inaugurated, with more or less success, the popular participation in the region and tried vainly its development.

Palabras clave: Populismo. Tipología. Partidos populistas. América Latina.

Key-words: Populism. Typology. Populist parties. Latin America.

El objeto del presente artículo es demostrar la utilización imprecisa que actualmente se hace del antiguo concepto de populismo en Latinoamérica y limitar su significación a la etapa de la historia social y política de la región condicionada por la sustitución de importaciones para tratar de superar los efectos de la crisis de 1930; en consecuencia, el conjunto de organizaciones políticas de ese signo se corresponden al período 1925-1980, mutando luego su naturaleza social y sus formas ideológicas. Desde los años cincuenta el término populista ha sido mayoritariamente utilizado en medios académicos y políticos latinoamericanos de forma peyorativa, homologándolo a regímenes políticos demagógicos y autoritarios que tendieron a degradar las instituciones de mediación política. Por otra parte hubo quienes reconocieron que esos proyectos políticos pugnarán por ciertos grados de integración social y de ampliación de las funciones del Estado con el fin de combatir el subdesarrollo latinoamericano. En realidad “populismo” pasó a ser un término que varía de acuerdo a quien lo utiliza pero con predominantes connotaciones negativas.¹

Más aun, en los últimos años prestigiosos analistas de la región (por ejemplo Fernando Cardoso) manifiestan su preocupación por un supuesto retorno de fenómenos populistas altamente negativos, en particular refiriéndose al caso del presidente venezolano, Hugo Chávez.

El Populismo: del uso al abuso conceptual

Cabe recordar que bibliografía de los años sesenta planteaba la diversidad y la complejidad de las prácticas populistas. El libro compilado por Ionescu y Gellner (1970) es un conjunto de trabajos preparados por expertos en diversos fenómenos políticos a los cuales se los calificó como “populismos”, con la finalidad de encontrar una “definición” común. Se analizaron diferentes realidades histórico-geográficas muy diversas, tales como el populismo ruso y el norteamericano del siglo XIX, el campesinismo del este europeo de los siglos XIX y XX y los

1. Se presenta una bibliografía no exhaustiva donde aparecen diversas posturas frente al concepto de populismo.

movimientos populistas de África y de América Latina del siglo XX, para identificar sus rasgos sociales, políticos e ideológicos. El populismo ruso fue un movimiento de intelectuales que luchaba contra el absolutismo zarista entre 1880 y 1890, intentando con poco éxito movilizar al campesinado sometido a formas de servidumbre feudal; minorías populistas desesperadas y aisladas optaron por la acción directa terrorista y fueron desarticuladas por el autoritarismo estatal. Por su parte el populismo norteamericano se constituyó como una organización de agricultores que luchaba contra la concentración económica derivada del poder del gran capital urbano entre 1890 y 1905; ello permitió crear un tercer partido con perspectivas electorales pero, al no lograr apoyos urbanos, fracasó su proyecto de conformar un bloque parlamentario y se fue diluyendo como estructura política. La sensibilidad populista norteamericana reapareció después de la crisis de 1973-1980 pero tampoco pudo consolidar una tercera fuerza partidaria.

En el Este europeo hubo tendencias populistas en partidos campesinos nacidos a fines del siglo XIX pero, en general, no se transformaron en organizaciones políticas centristas como en los países escandinavos o en Suiza. Algunos apoyaron experiencias fascistas surgidas entre las dos guerras mundiales o, luego, al comunismo, perdiendo identidad propia y asumiendo prácticas e ideologías autoritarias.

Los populismos africanos y, en general del Tercer Mundo, fueron organizaciones políticas que lucharon por la independencia de las colonias o por una mayor autonomía de pueblos que sufrían la dominación económica occidental; a su vez trataban de transformar los Estados respectivos en agentes de desarrollo. Ello se reproduciría de forma peculiar en América Latina.

Después de 1980 el término populismo siguió siendo usado para caracterizar formas degradadas de acción política o identificar expresiones ideológicas irracionales. En América Latina se llegó a identificarlo con el gobierno corrupto y sanguinario de Fujimori en Perú o con el de Collor en Brasil, destituido en un juicio político. Asimismo se lo identificó con organizaciones políticas neo-fascistas que aparecen en Europa después de la crisis de 1973. Con ello se acentúa su carácter de concepto "comodín" que sirve para descalificar comportamientos políticos más o menos condenables.

En un sentido totalmente contrario, artículos como el de Margaret Canovan (1999) o el libro de Ernesto Laclau (2005),² asignan al populismo caracteres permanentes propios de las democracias actuantes a fines del siglo XX y principios del actual. Ellos se basarían en algunos pocos elementos comunes asignados a partidos, movimientos e ideologías tan diferentes como los abarcados por la misma denominación “populista”, negándose a considerarla un adjetivo peyorativo. Esos elementos serían: a.) una crítica al funcionamiento del capitalismo, sin demandar su abolición; b.) una amplia alianza de clases y movimientos sociales que conforma el “pueblo”; c.) una cierta desconfianza a los partidos políticos preexistentes; d.) la presencia de líderes fundacionales carismáticos o con una capacidad de conducción sobresaliente; y, finalmente, e.) una búsqueda de la superación del subdesarrollo económico y social a través de diversos tipos de intervenciones del Estado.

Canovan afirma que recurrir al “pueblo” para enfrentar la estructura de poder y las ideas y valores dominantes no constituye una patología política sino contribuye a resolver la irreductible tensión entre el rostro pragmático de la democracia, entendida como un sistema de resolución pacífica de los conflictos, y su aspecto redentor, el cual promete al conjunto de la sociedad que la política resolverá todos sus problemas a través del gobierno del pueblo. El discurso y la práctica populistas ocuparían el espacio que produce la ambigüedad esencial de la democracia; en ella coexisten los elementos institucionales destinados a limitar el poder estatal, pero también a constituirlo y hacerlo efectivo, y las prácticas que conforman la visión salvífica que la legitima. Por ello el populismo acompañaría a las sociedades democráticas como su sombra.

Más recientemente Laclau (2005:87) dedica una prolongada reflexión teórica para desestimar “las estrategias discursivas a través de las cuales el populismo fue, o bien desestimado, o bien degradado como fenómeno político, pero en cualquier caso nunca pensado realmente como una forma legítima entre otras de construir el vínculo político”.

En síntesis, considera al pueblo una categoría política, cuya construcción como actor histórico es lo que denomina “la razón populista”. Esta construcción hace posible la emergencia de la identidad popular en el período histórico actual, denominado “capitalismo global”, al cual se

2. Cabe mencionar también las relecturas de la obra de Laclau, hecha por investigadores argentinos como Gerardo Aboy Carlés (2005) y Sebastián Barros (2006).

define como “un complejo en el cual las determinaciones económicas, políticas, militares, tecnológicas y otras –cada una dotada de cierta autonomía y de su propia lógica- entran en la determinación del movimiento del todo” (Laclau 2005:285-286). Laclau adjudica al término populismo un valor explicativo de las profundas transformaciones sociales y políticas que acompañan la crisis de 1973-80.

En Ciencias Sociales es habitual que los conceptos tengan diversas significaciones, las cuales varían a través del tiempo. Sin embargo, es difícil encontrar tanta diversidad y opacidad como en el caso del “populismo”. ¿Sirve para mucho dar contenidos teóricos a un término que expresa realidades sociales y políticas totalmente opuestas? ¿Es posible calificar a partidos políticos racistas como una resultante necesaria de las contradicciones de las democracias de los países desarrollados? ¿Podría la palabra “populismo”, tan ajetreada, superar la creciente opacidad del concepto de clases sociales?

En los años setenta se consideró al populismo como un fenómeno ambiguo y transitorio, propio de la transición de la sociedad tradicional a la moderna. En la actualidad el uso contradictorio del mismo término corre el peligro de convertirse en un abuso verbal y teórico, al extremo de proyectar fenómenos propios de la etapa del Estado de Bienestar “keynesiano” y de la Sociedad Industrial al período histórico derivado de la revolución tecnológica y económica posterior a 1980, actualmente en curso. Es posible que la categoría “pueblo” ayude a comprender procesos sociales y políticos actuales, pero ella no tiene relación con los movimientos nacionales y populares que surgieron en países periféricos como Turquía, México, Brasil, India, etc. durante el siglo XX.

Aun así creo que el populismo y el nacionalismo popular del llamado “Tercer Mundo” es muy distinto en África-Asia y en América Latina. Confundir países colonizados con Estados dependientes económicamente era y es un error. Ello se agrava cuando se pretende explicar movilizaciones sociales del siglo XXI con categorías como la del populismo que se desarrolló hacia 1930. Coincidimos con Laclau en que el término populismo fue denigrado o desestimado por las Ciencias Sociales y por el pensamiento político mayoritarios en un largo período histórico; pero ¿es posible reivindicarlo sin caer en abusos de sentido? Nuevas realidades merecen ser denominadas con términos originales. Por ello, me limitaré a definir el populismo latinoamericano como un momento socio-político histórico e irrepetible.

El Populismo en América Latina

El populismo latinoamericano, diferente del ruso, del norteamericano y aun de los existentes en África o Asia, es un conjunto de movilizaciones sociales que derivaron, entre 1920 y 1980, en la formación de los primeros grandes partidos políticos que representaron los intereses de diversos sectores sociales subalternos en una docena de Estados de la región o en Gobiernos que intentaron representarlos. Aun así, la diversidad de dichos Estados generó realidades diferentes y difíciles de definir bajo un único concepto. Más aún, no hubo una “internacional populista” de la región, tal era el carácter heterogéneo de los partidos y/o movimientos que integraron esta “familia política”

El populismo se presentó como un fenómeno común a muchos países y en cada uno de ellos adquirió caracteres particulares. Su difusión y extrema variedad llevaron a la literatura socio-política que se ocupaba de problemas latinoamericanos a una cierta imprecisión en el uso del término y a encontradas interpretaciones. En los años setenta podían distinguirse al menos tres: a.) para una concepción académica conductista, el populismo era una deformación histórica y social, basada en la fuerza emotiva e irracional de las masas y en la habilidad inescrupulosa de un líder demagógico para manipularla (Lambert 1963); b.) para una concepción desarrollista y modernizante, el populismo era un fenómeno característico del período de transición entre la sociedad tradicional (agraria) y la sociedad moderna (industrial), consecuencia de la movilización social que provocó el nacimiento de la industrialización y que debería desembocar en una democracia representativa con “participación total” (Germani 1965); c.) para un cierto enfoque latinoamericano crítico, el populismo era un “movimiento nacional de liberación”, típico de naciones dependientes, que se caracterizaba por la búsqueda de la unidad popular para organizar la lucha tendiente a romper toda forma de colonialismo (Horowitz 1964).³

Ahora parece evidente que los presupuestos de cada una de estas tendencias llevaron a definir al populismo de forma parcial. Así es que para la primera corriente el APRA peruano, Acción Democrática de Venezuela, el

3. Tiende a identificar populismo y movimientos de liberación nacional aunque el autor no se haya vinculado a las “cátedras nacionales” argentinas.

peronismo en Argentina, el varguismo brasileño y el MNR boliviano serían expresiones políticas populistas porque tuvieron una clientela popular predominantemente urbana, heterogénea en su composición, seducida por un caudillo más o menos demagógico y, por lo tanto, inclinada al autoritarismo; en una primera aproximación no deja de sorprender el encontrar metidos en “una misma bolsa” a fuerzas de orígenes históricos tan dispares como el APRA y el peronismo, surgidas en contextos socioeconómicos tan diversos como lo son el Perú de 1930 y la Argentina de 1945.

Respecto a la posición desarrollista, para ser consecuente consigo misma, debía reducir los alcances del populismo a sus manifestaciones en Argentina y Brasil, los únicos países en los que la modernización estaba en gestación al aparecer movimientos como el varguismo y el peronismo. Sin embargo, esta definición era demasiado estrecha puesto que, a pesar de tantas diferencias observables entre los países latinoamericanos, podía existir una familiaridad entre “peronismo-varguismo” y otras expresiones políticas autóctonas, preocupadas por el desarrollo de sus países.

En fin, identificar al populismo con los movimientos de liberación nacional característicos del Tercer Mundo era una definición demasiado amplia y demasiado estrecha al mismo tiempo; demasiado estrecha porque no todo populismo se expresó como movimiento de liberación y demasiado amplia porque hubo movimientos de liberación que poco tuvieron que ver con el populismo. Es difícil afirmar que el varguismo lo haya sido y que los Tupamaros del Uruguay pudieran ser calificados de populistas.

Observar al populismo por una sola variable parece ser la deficiencia de las tres concepciones que he simplificado hasta aquí; en un caso se privilegiaba su actitud frente al sistema político; en el segundo enfoque se tuvo en cuenta principalmente su comportamiento socioeconómico; y en tendencias tercermundistas de la Ciencia Social latinoamericana la variable que gravitaba con preferencia era la actitud de los movimientos populistas frente al sistema internacional. La bibliografía más reciente sobre este concepto suele recaer en las mismas perspectivas reduccionistas de hace cuarenta años, salvo la mencionada corriente teórica que redefine al populismo como un componente necesario de las prácticas democráticas.

El objeto de este artículo es precisar los rasgos comunes que caracterizaron al populismo en América Latina, con la finalidad de abordarlo con

el mayor rigor posible. Para ello se intentará presentarlo como un “tipo ideal” nacido de la compleja realidad latinoamericana; a partir del mismo, se situará a los principales movimientos/partidos políticos que pudieron ser considerados populistas y se los clasificará de forma coherente, a partir de los datos de la realidad histórica.⁴

El populismo fue un hecho social y político generalizado en América Latina y es importante tratar de desentrañar qué se quiere decir cuando se emplea esta palabra. Con ello tendríamos un instrumento que puede ser útil para posteriores búsquedas empíricas y para evitar su uso equívoco, tal como otorgar esa denominación a fenómenos políticos actuales sin relación objetiva con los del pasado.

Orígenes histórico-sociales e ideologías del populismo latinoamericano

Muchos países latinoamericanos vieron surgir movimientos políticos que, en cada caso, fueron llamados populistas. Si bien lo que aparece a primera vista en todos los ejemplos históricos es el carácter autóctono del fenómeno populista, hay que profundizar sus fundamentos sociales y políticos para entender su verdadero alcance y contenido.

Es posible emitir la hipótesis que el populismo aparece en todo país latinoamericano en un momento determinado de su evolución histórica, el cual se caracterizó por una movilización social que rompía el equilibrio marcado por la hegemonía de las oligarquías terratenientes o productoras de materias primas exportables.⁵ A menudo ella se denominó “Estado oligárquico”.

Los orígenes del populismo fueron tratados con acierto por Francisco Weffort (1967:630) quien, estudiando el varguismo, observó que los rasgos salientes que caracterizaron el advenimiento del populismo brasileño son:

4. Llamamos *tipo ideal* a “la reconstrucción inteligible de una realidad histórica global y singular”; es decir que usamos el concepto weberiano de *tipo ideal* en su acepción menos abstracta siguiendo las consideraciones que a su respecto hace Raymond Aron (1967:521).

5. Sobre la crisis hegemónica de la oligarquía, véase Nun 1967.

- la decadencia de los grupos oligárquicos en tanto factor de poder; ellos se vieron obligados a abandonar las funciones de dominación política que llenaron hasta entonces de manera ostensible y casi exclusiva, para subsistir después en la sombra; y
- la ampliación institucional de las bases sociales del Estado, es decir la resultante de la presión política ejercida por la incipiente burguesía industrial, por las clases medias (formadas por funcionarios de los servicios públicos, profesionales liberales, militares, etc...) y ulteriormente por los sectores populares que, manipulados 'desde arriba' por caudillos necesitados de su apoyo masivo, se incorporaron al juego electoral, haciendo luego valer sus intereses de clase y su deseo de participar realmente en los mecanismos de poder.

Estas consideraciones parecen trascender el caso brasileño y ser aplicables a las demás formas de populismo, según surge claramente de una simple revisión de la bibliografía histórico-social sobre los movimientos populistas y que hemos mencionado en nota.

Sin embargo, la crisis hegemónica de las oligarquías terratenientes sólo puede comprenderse en toda su dimensión si se hace referencia al condicionamiento económico que determinó la decadencia de los sectores sociales que se beneficiaban con las estructuras agro-minero-exportadoras de los países latinoamericanos. En efecto, en algunos casos el detonante de la crisis fue la recesión económica mundial de 1930; en otros la causa se puede encontrar en las secuelas económicas de la Primera y/o de la Segunda Guerra Mundial. En fin, en algunos países mono-productores incide un cambio en la política económica de la potencia dominante (o sea Estados Unidos o Gran Bretaña). Como consecuencia de ello es que el populismo, en todos los casos, trata de reaccionar contra el sistema exportador de materias primas, buscando con más o menos éxito liberar al respectivo país latinoamericano de su dependencia económica exterior.

La verificación histórica permite observar que el populismo apareció indistintamente en países no industrializados y en países que han comenzado o están ante la necesidad de comenzar su proceso de industrialización por sustitución de importaciones (ejemplo del primer caso es Bolivia en 1950 y del segundo Argentina a partir de 1930). Pero aun en los países no industrializados el populismo se presentó como una fuerza política

que, al menos en sus programas, propuso una transformación profunda de la estructura económica exportadora de materias primas, la cual había servido en ciertos casos para un cierto desarrollo “hacia afuera”. Sin embargo, a la fecha del surgimiento del populismo ella dejaba de ser idónea para asegurar un progreso sostenido del país en cuestión. Las dificultades del comercio mundial y el deterioro de los términos del intercambio entre países industrializados y agrarios fueron la “ratio última” de esa crisis hegemónica de las oligarquías latinoamericanas, que las llevó a perder el control absoluto del universo político local.

La base social de los movimientos populistas que surgieron como respuesta a la situación económico-social descrita, fue compleja. En algunos países implicó la alianza de campesinos y clases medias urbanas (ejemplo es el de México de 1930); en otros abarcó a las clases medias, a una incipiente burguesía industrial y a la clase obrera recientemente incrementada por el rápido desarrollo de la sustitución de importaciones (tal es el caso de la Argentina en 1945), y aún más, hay países en que el populismo se presentó como una interrelación de intereses tan dispares como los de sectores de las viejas oligarquías rurales y los de los nuevos grupos sociales urbanos en ascenso. El varguismo es el más interesante ejemplo de una alianza vasta y, por lo tanto, muy compleja, puesta en marcha gracias a un delicado equilibrio logrado por la astucia y la autoridad de Getulio Vargas. Quizás el MNR boliviano fue el movimiento más simple en su estructura social predominantemente popular (obreros y campesinos), pero ello pudo ser una consecuencia de la realidad social boliviana sumamente polarizada hacia 1950. En fin, el policlasismo que caracterizó al populismo se basaba en una alianza y un equilibrio de clases que presentaban signos de inestabilidad y precariedad. Por ello, hubo movimientos populistas que se transformaron en partidos de clase o que desaparecieron. Pero también muchos sobrevivieron, sea con los componentes sociales originales, sea con modificaciones en dicha composición.

Por otro lado, esta base social amplia permitió al populismo presentarse como un “movimiento nacional”, en donde el principio de totalidad está dado por la movilización y no por la clase (Touraine 1965:398).

Esto lleva a plantear otra característica de los partidos llamados populistas. En mayor o menor grado ellos se presentaron con una tendencia al no alineamiento y a la tentativa de romper los lazos de dependencia polí-

tica que derivaban del neocolonialismo económico ejercido por los imperios anglosajones en esta área después de 1830, fecha en la que América Latina se separó de España y Portugal.

¿Podría identificarse al populismo latinoamericano con los movimientos de liberación nacional del bloque afro-asiático? Horowitz, en el estudio al principio mencionado, intentó comparar el tipo ideal “Carisma de partido” latinoamericano con el afroasiático y encontró identidades y diferencias entre una y otra manifestación política. Pensamos que el carisma de partido fue uno de los elementos del populismo y en este sentido coincidieron los movimientos de liberación nacional afro-asiáticos y los populismos de América Latina. Pero los primeros basaron su acción en la lucha directa contra el colonialismo europeo, obteniendo así la adhesión de toda la “nación”. Mientras tanto el populismo se veía enfrentado a formas de dependencia no menos injustas pero mucho más sutiles, puesto que estaban sustentadas en la penetración económica anglo-americana; este “neo-colonialismo” originaba resistencias pero también adhesiones de los sectores sociales autónomos favorecidos por el mismo (evidentemente eran beneficiados los grupos productores y exportadores de materias primas y las clases medias servidoras de los anteriores). Por lo tanto el populismo no llegó a formar un movimiento “nacional” inclusivo de todos los sectores sociales (ejemplo fue el peronismo en la Argentina, rechazado por los grupos perjudicados por el ensayo de “independencia económica”); o renunció a una política exterior definida como antiimperialista para poder mantener la cohesión de la alianza de clases (el APRA peruano o la Acción Democrática venezolana siguieron ese camino después de 1965). La respuesta a nuestra pregunta inicial sobre identidad entre populismo y movimientos de liberación nacional es matizada. Existieron tendencias hacia una asimilación del ideario anticolonialista por parte del populismo latinoamericano pero la complejidad de la situación “neo-colonial” en esta parte del mundo hizo que el populismo fuese diferente de los movimientos de liberación nacional afroasiáticos.

Luego cabe abordar la importancia que adquirió en el surgimiento del populismo la figura del líder carismático quien a menudo fue el verdadero mediador entre las masas y el poder partidario. Además él solía ser el inapelable árbitro de los conflictos que planteaba el delicado equilibrio de intereses dispares de los sectores sociales aliados que constituían la

base del movimiento populista. Ello otorgó un cierto cariz autoritario a la organización interna del partido populista y a la forma de ejercitar el gobierno cuando el mismo ocupó el poder global; pero es ese líder carismático quien tuvo la virtud de transformar el autoritarismo en algo consentido por el pueblo, convirtiéndose en un símbolo justificativo de esta forma de poder.

Sin embargo, el líder carismático, por una necesidad biológica, debe dar paso a una organización política, el Partido. Puede enunciarse así la hipótesis siguiente: si el carisma del líder no se trasladaba al partido, la existencia del populismo no duraba mucho más que la vida del mencionado caudillo. Es aquí donde reencontramos la validez de las apreciaciones de Horowitz que, por otro lado, subrayan la originalidad del populismo como forma de poder “intermedia” entre la carismática y la burocrática en terminología weberiana. En general los populismos latinoamericanos se transformaron en Partidos.

Resumiendo, los orígenes histórico-sociales del populismo determinaron ciertos rasgos comunes que ayudan a configurar el “tipo ideal” propuesto.

Es que respondiendo a la crisis socio-económica de las oligarquías latinoamericanas, los movimientos populistas: a.) fueron un conglomerado social de sectores no oligárquicos-exportadores de materias primas; b.) tendieron a la superación de la dependencia por la puesta en marcha de una industrialización acelerada; c.) buscaron el no alineamiento frente a las potencias hegemónicas que desarrollaban el neocolonialismo propio de la segunda parte del siglo veinte; d.) conformaron una estructura política donde predominaba el carisma del líder, al cual sucedió el de la organización político-partidaria; e.) trataron de crear un Estado regulador, diferente a los precedentes “Estados oligárquicos”.

Hasta aquí se observan rasgos comunes que harían del populismo un fenómeno monolítico. Sin embargo, sus expresiones fueron sumamente variadas y propias de cada país en el que surgieron; además se presentaron como un hecho social dinámico y cambiante. Ello derivó, en gran medida, de la ideología nacionalista que estos movimientos desarrollaron. Esta ideología, por una parte, consolidó los Estados nacionales pero, asimismo, diferenció a los diversos partidos de tipo populista. Por lo tanto, existen ideologías nacionales y populares con los siguientes rasgos comunes:

- Pragmáticas, porque su elaboración fue a menudo la obra de hombres de acción quienes enunciaron principios sucintos y adecuados al aquí y ahora.
- “Sensibles”, porque tuvieron en cuenta las creencias populares y en consecuencia fueron “recibidas” por vastos sectores sociales.
- Internamente orientadas a los problemas de cada nación en la cual surgieron, sin por ello ignorar el carácter latinoamericano de esas naciones; al contrario el populismo estuvo a la vanguardia de las corrientes de integración latinoamericana.
- Reformistas, por su proyecto de modificación de las estructuras económicas, sociales y políticas; raramente el populismo devino revolucionario.

Estos caracteres hicieron de las ideologías populistas una entidad particular a cada país latinoamericano, sumamente flexible y cambiante en relación al contorno social en el que se desarrolló y evolucionó. Es cierto que toda ideología varía por influencia del medio que ella pretende transformar o justificar. Pero también es cierto que una ideología pragmática y “sensible” a los sentimientos populares se adapta y cambia con mayor facilidad.

Por todo esto, sostengo que cada movimiento populista desarrolló una ideología con caracteres propios, adecuados al medio social, económico e histórico del país en que nació. Quizás fuese más preciso referirnos a las ideologías populistas, habida cuenta de los caracteres comunes de todas ellas, pero también a sus diferencias.⁶

Así explico también el carácter variado, dinámico y cambiante del populismo latinoamericano, el cual reconoce rasgos comunes que permitirían definirlo como un tipo ideal generalizable y, al mismo tiempo, presentaba una naturaleza multiforme.

En fin, el populismo fue un conjunto de movimientos políticos característico de América Latina, con un programa que pretendió reformar la estructura agro-minera-exportadora, promoviendo la industrialización y la integración social; luego era nacionalista porque expresaba su base social

6. Es fundamental el contacto con la obra de ideólogos populistas como Haya de la Torre, Sandino, Perón y Castro antes de 1962 como prototipos de las principales corrientes ideológicas del populismo.

poli-clasista y la voluntad de independencia nacional. Más de la mitad de esos movimientos se transformó en partidos de masas. Al mismo tiempo, su ideología era pragmática y sensible a las creencias populares, por lo cual resultó cambiante, dinámica y diversa y permitió la permanencia y transformación de muchos de esos partidos populistas, después de agotadas las condiciones sociales que permitieron su surgimiento

Clasificación de los movimientos/partidos populistas de América Latina

A partir de estos elementos se puede ensayar una clasificación de los movimientos populistas que esclarezca un fenómeno tan complejo, el cual abarcó buen parte del siglo XX. Prácticamente en cada uno de los países del área (con excepción de Uruguay) surgieron movimientos populistas entre 1920 y 1970 como una reacción social compleja a las crisis económicas y políticas del sistema capitalista que fueron desarticulando el “modelo” agro-minero-exportador.

También pueden ser denominados Partidos Nacionalistas Populares, sin inducir a error. Algunos de ellos inspirados en esa visión de la sociedad, pudieron realizar un cierto desarrollo industrial por sustitución de importaciones, en gran medida favorecido por la coyuntura económica mundial signada por la crisis de 1930 y por la Segunda Guerra Mundial. En otros países, los partidos nacionalistas y populares llegarían al gobierno “tardíamente” (en 1960, 1970...), cuando las condiciones para un desarrollo capitalista autónomo eran mucho menos favorables que en la década de 1940.

Pueden distinguirse tres tipos principales de nacionalismo popular partidario, según sus orígenes, sus formas organizativas, los caracteres de sus dirigentes, etcétera:

a.) El “social democrático”, cuyos rasgos particulares son los siguientes:

- fueron generados por los intelectuales de clase media que ganaron la adhesión de los sectores urbanos en expansión, y eventualmente las élites rurales subalternas, los cuales se movilizaron para enfrentar a las oligarquías proscriptivas;

- todos sus líderes carismáticos fueron civiles que se inclinaron por fundar un partido político moderno, inspirado en las formas organizativas del socialismo democrático europeo;
- propusieron un programa reformista más o menos profundo, destinado a destruir el poder de las oligarquías agro-minero-exportadoras locales, dentro del respeto de las formas democráticas liberales; los alcances de las reformas propuestas se irían limitando a medida que estos partidos constataban su incapacidad para llevarlas a cabo y, fundamentalmente, como resultado de la transformación de la estructura económica de esos países;
- en política externa, propugnaron en los años '30 una franca línea anti-norteamericana que iría girando gradualmente hacia una postura pragmática, basada en el reconocimiento de la hegemonía de Estados Unidos, a partir del cual se pretendería renegociar los términos de la dependencia; y en un cierto grado de anti-comunismo.

Pertenecen al “tipo social democrático” los Partidos Apristas (Perú), Acción Democrática (Venezuela), Liberación Nacional (Costa Rica) y Revolucionario (República Dominicana).

b.) El “castrense” o de origen militar, cuyos rasgos particulares son los siguientes:

- surgieron en el seno de las Fuerzas Armadas, con el apoyo de los sectores sociales beneficiados por las reformas impuestas desde el Estado, al cual los militares habían accedido a través de un golpe de Estado;
- sus líderes más destacados fueron oficiales del Ejército que, en general, se inclinaron por organizar partidos poco estructurados, de disciplina vertical y abarcativos de todos los sectores sociales, incluidas facciones oligárquicas desplazadas; estos partidos desarrollaron a veces, prácticas poco conformes a las criticadas formas democráticas liberales;
- realizaron un programa reformista más o menos profundo que cercenó el poder de las oligarquías tradicionales, con lo cual trataron de legitimar sus gobiernos y crear un movimiento político perdurable; a menudo estas experiencias nacionalistas y populares concluyeron cuando las propias Fuerzas Armadas se dividieron y se inclinaron por la “restauración oligárquica”, vía el golpe de Estado;

- en política externa expresaron concepciones propias del “no alineamiento”, basadas en el principio de la Defensa Nacional gracias a la acción del “pueblo en armas”; esas posturas “no alineadas” iban acompañadas de una alta dosis de pragmatismo.

Corresponden al “tipo castrense” los partidos que gobernaron Brasil desde 1930 (el varguismo), Argentina desde 1946 (el peronismo), Guatemala (durante el proceso revolucionario de 1945 a 1954, el cual concluyó por acción de un golpe militar impulsado por Estados Unidos) y Panamá (el torrijismo, creador del Partido Revolucionario Democrático). Sectores de los Ejércitos del Perú, Ecuador, El Salvador y Honduras intentaron repetir ese modelo, a principios de la década de 1970; gobernaron algunos pocos años y fueron desplazados por la facción militar mayoritaria, ligada a los sectores económicos más concentrados. Además existieron movimientos de semejante origen militar en Paraguay (el febrerismo que fue derrotado militarmente en 1950 y subsistió como una forma de resistencia a la dictadura cívico-militar de Stroessner), en Chile (el gobierno del General Ibáñez concluyó un período presidencial en los años '50 y se diluyó como experiencia política) y en Colombia (la ANAPO, partido creado por el ex-dictador General Rojas Pinilla, a quien las fuerzas políticas tradicionales le impidieron llegar al gobierno, utilizando el fraude al menos en una elección presidencial durante los años '70).

c.) Los derivados de revoluciones sociales de base agraria, tales como la de México (1910-1930) y la Boliviana (1952); la Nicaragüense (Sandino la inició en los años 20 y triunfó en 1979) y la Cubana en sus orígenes (1956-1961); el fallido intento de Arbenz en Guatemala pudo haber seguido la trayectoria del “populismo revolucionario y agrario”. Enumeramos sus aspectos principales:

- El principal punto de su programa inicial fue la reforma agraria; una vez triunfante el movimiento armado intentó la “modernización del país”. La forma de llegar al gobierno fueron revoluciones violentas, dirigidas por organizaciones políticas militarizadas.
- Sus líderes (la mayoría de ellos civiles) tomaron las armas para combatir una dictadura y formaron un partido.

- Su ideología se adaptó, como toda ideología pragmática, a los cambios histórico-sociales. Quizás en sus orígenes se aproximaba a la social-democrática pero evolucionó como consecuencia de la misma dinámica revolucionaria. El castrismo devino marxista y el PRI un partido hegemónico nacionalista. El sandinismo original se acercó al marxismo y luego se transformó en social-demócrata.

Lo que marcó esta forma de populismo fue su origen rupturista, a través del cambio violento del orden social oligárquico, el cual abrió una nueva etapa en la historia de los países donde se produjo; sus consecuencias fueron imprevisibles y muy variadas.

El tipo ideal propuesto queda clasificado a través de una revisión histórica basada en datos verificables. Si no hemos sobreabundado en citas probatorias, que quede establecido que esa verificación se manifiesta positiva respecto a las afirmaciones siguientes:

a.) los movimientos populistas surgieron en casi todos los países latinoamericanos al entrar en crisis la hegemonía oligárquica;

b.) la base social del populismo fue una alianza de clases inestable y a menudo precaria;

c.) si el carisma del líder populista no se trasladó al de un partido, la existencia de ese populismo no duró mucho más que la vida de dicho líder;

d.) los partidos populistas tenían una ideología pragmática y adecuada al medio social del país en que se desarrollaba, por lo cual existían ideologías populistas variadas y cambiantes. Ello facilitó la perdurabilidad de cerca de la mitad de los que emergieron;

e.) esos partidos populistas siguieron vigente como una opción política en parte de Latinoamérica por ese carácter cambiante y dinámico, pese a todas las frustraciones experimentadas por sus ensayos anteriores.

Algunas conclusiones sobre lo que fue y puede denominarse Populismo Latinoamericano

A mi entender el fenómeno populista en América Latina está circunscrito a la etapa histórica que se inicia con la crisis del sistema capitalista mundial de 1930 y concluye con la de 1973-1980. En ello coincido

con el aporte de Carlos Vilas (2004) y con su precisa crítica al confuso concepto de neo-populismo aplicado a la realidad social y política de 1990-2000.

El populismo inició la participación de organizaciones políticas de sectores subalternos en el destino de los Estados de esa región, tal como sucediera en Europa con los Partidos Socialistas obreros. Ello dio lugar a la formación de partidos políticos que, en algunos casos, perduran hasta nuestros días, generalmente con programas diferentes a los planteados en el siglo pasado. Actualmente están gobernando el justicialismo en Argentina, el aprismo en el Perú, el Partido Liberación Nacional en Costa Rica, el Partido Revolucionario Democrático en Panamá, una escisión del Partido Revolucionario Dominicano (el Partido de la Liberación Dominicana) en República Dominicana y el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua. A su vez, el Partido Revolucionario Institucional mexicano continúa en la oposición pero sigue siendo influyente en el proceso político de su país. Se han debilitado, víctimas del derrumbe de sus sistemas de partidos, Acción Democrática de Venezuela y el Movimiento Nacionalista Revolucionario boliviano. Fueron extinguiéndose los antiguos partidos populistas de Colombia, Guatemala, Paraguay, Brasil y Chile. Asimismo no quedan rastros de las experiencias fugaces de ese tipo en Ecuador, Honduras y El Salvador.

Los mencionados partidos y las más o menos fallidas experiencias nacionalistas populares sentaron las bases del desarrollo político de la región, con las limitaciones impuestas por el poder social imperante en cada país. Acusarlos de anti-políticos no corresponde con la realidad histórica. Los populismos pretendieron hacer crecer e integrar sus sociedades, encontrando prolongados períodos de proscripción y de persecución; los partidos de ese signo que llegaron a gobernar fueron hostigados por alianzas sociales dominantes y/o derrocados por sectores militares transformados en “partidos de la conservación del orden”. En general, esos diversos populismos latinoamericanos intentaron realizar las reformas que la socialdemocracia logró negociar en Europa Occidental después de 1930/1945. En nuestra región los grupos económicos más poderosos faltaron a la cita y no hubo pactos sociales viables que crearan Estados de Bienestar amplios y estables. Uruguay – años anteriores a la crisis de 1930- pudo realizar un proceso de relativa inclusión social negociada, lo cual explicaría la inexistencia de una experiencia populista como las definidas en este trabajo.

Luego una parte de los Partidos nacionalistas populares se acercó gradualmente a posiciones social-demócratas, integrándose a la Segunda Internacional, lo mismo que sus sindicatos a la CIOSL. Independientemente de este viraje, el populismo fue perdiendo contenido programático en la medida que la mundialización del capitalismo hizo cada vez más difícil la práctica del desarrollo autónomo de las fuerzas productivas a nivel nacional. Después de 1980 se inició una nueva era de acumulación del capital que debilitó a los partidos obreros y de masas en todo el mundo; los populismos latinoamericanos no podían ser la excepción y muchos de ellos aceptaron realizar las “reformas de mercado”, ganándose el repudio de parte de sus antiguas bases sociales. La transformación de esos partidos de masas es un hecho político universal que excede los alcances del presente artículo.

En algunos partidos nacionalistas populares se habían operado escisiones de grupos nacionalistas revolucionarios que, ante la imposibilidad de practicar un desarrollo capitalista autónomo, optaron por un proyecto anticapitalista, en nombre de las antiguas banderías del nacionalismo y de la lucha antiimperialista. Sin embargo, el nacionalismo revolucionario (el MIR peruano, el MNR boliviano, el peronismo de izquierda, etc.) no logró arrastrar a la gran mayoría de los nacionalistas populares tras sus objetivos, salvo el caso cubano que optó por la vía leninista.

También se formaron escisiones de izquierda socialdemócrata perdurables en los antiguos partidos populistas durante las dos últimas décadas, tales como el Partido Revolucionario Democrático Mexicano o fugaces como el Frente Grande argentino; ¿será el “kirchnerismo” aquello que no pudo lograr ese Frente?

Por todo ello afirmo que el populismo de América Latina es un hecho histórico que intentó, en general sin éxito, encauzar la región hacia mejores niveles de vida social y política; es inexacto o ideológico asociarlo de manera simplista a dictaduras o a mal gobierno. Quienes mantuvieron subdesarrollados a los países latinoamericanos fueron los sectores sociales que gobernaron mucho más tiempo, sea a través de partidos conservadores o, sobre todo, de las Fuerzas Armadas transformadas en Partidos Militares.

No hay retorno posible al populismo que realmente existió en la región y cuya evolución lo ha transformado en diversos partidos refor-

mistas o lo ha agotado. Las nuevas movilizaciones sociales que encarnan presidentes como Hugo Chávez y Evo Morales expresan, de forma aún moderada, la desesperación de numerosos grupos sociales excluidos del mercado capitalista globalizado. Estos grupos (marginalizados por su etnia, por la desocupación o la precariedad laboral y por diversas formas de explotación) han encontrado algunos voceros que pueden tener paralelismos con los dirigentes populistas del siglo veinte pero, esencialmente, manifiestan la radicalidad de un odio social más profundo que el expresado por las movilizaciones populistas de 1920 a 1980. Es que sus expresiones políticas tienen una naturaleza social y formas ideológicas distintas a las de los antiguos ensayos nacionales y populares; ciertamente que su nivel confrontativo con los grupos dominantes es mayor...y todavía político. Hay que recordar que una manifestación de esa reacción desesperada es la delincuencia organizada al estilo del Comando No. 1 de San Pablo... o, en Asia/Africa, bajo la forma del fanatismo islámico encarnado por la red de organizaciones denominada Al Qaeda. En estos casos nos alejamos de nuestro tema, salvo que populismo signifique todo... o nada.

Para alegría de pocos privilegiados y tristeza de muchos sectores obreros y populares los liderazgos latinoamericanos populistas han enmudecido para siempre, habiendo dejado inconclusos sus proyectos de justicia y libertad para todos los habitantes de la región. El populismo del siglo XX no pudo encontrar grupos dirigentes económicos y sociales que, desarrollando sus países, los hicieran inclusivos y realmente aptos para prácticas democráticas plenas.

REFERENCIAS

- ABOY CARLES**, Gerardo. 2005. *Populismo y Democracia en la Argentina contemporánea*. Santa Fe: Estudios Sociales.
- ARON**, Raymond. 1967. *Les étapes de la pensée sociologique*. Paris: Gallimard.
- BARROS**, Sebastián. 2006. "Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista". En: *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, XVI, no. 30, pp. 145–162.

- CANOVAN, Margaret. 1999. *Trust the People. Populism and the two faces of Democracy*. Oxford: Political Studies.
- DE ÍPOLA, Emilio y Juan C. PORTANTIERO. 1989. "Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes". En: E. DE ÍPOLA. comp. *Investigaciones Políticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- GALISSOT, R. 1997. *Les populismes du Tiers Monde*. L'Harmattan: París.
- GERMANI, Gino. 1965. *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.
- HOROWITZ, Irving L. 1964. *Carisma del partido: un análisis comparativo de las prácticas y los principios en las naciones del Tercer Mundo*. Buenos Aires: Instituto Di Tella.
- HOWARTH, David, Aletta J. NORVAL y Yannis STAVRAKAKIS. comps. 2000. *Discourse Theory and Political Analysis: Identities, Hegemonies and Social Change*. Manchester University Press.
- JAMES, Daniel. 1988. "Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class". En: *Journal of Latin American Studies*, 21 (1), pp. 168-170.
- LACLAU, Ernesto. 2005. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- LAMBERT, J. 1963. *Amérique Latine: structures sociales et institutions politiques*. París: PUF.
- MACKINNON, Moira y Alberto PETRONE. comps. 1999. *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*. Buenos Aires: EUDEBA.
- NUN, José. 1967. *Amérique Latine: la crise hégémonique et le coup d'Etat militaire*. París: Sociologie du Travail.
- PANIZZA, Francisco. comp. 2005. *Populism and the mirror of democracy*. Londres: Verso.
- ROBERTS, Kenneth. 2002. "El sistema de partidos y la transformación de la representación política en la era neoliberal latinoamericana". En: M. CAVAROZZI y J. M. ABAL MEDINA. comps. *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario: HomoSapiens.
- TAGUIEFF, P. 1997. *Le populisme et la science politique: du mirage conceptuel aux vrais problèmes*. París: Vingtième Siècle.
- TOURAINÉ, Alain. 1965. *Sociologie de l'action*. París: Ed. du Seuil.
- VILAS, Carlos M. 2004. "¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del neo-populismo latinoamericano". En: *Estudios Sociales*, XIV, primer semestre de 2004.

WEFFORT, Francisco. 1967. *Le populisme*. París: Les Temps Modernes.

ARTURO FERNÁNDEZ es Doctor en Ciencias Políticas, egresado de la Universidad Católica de Louvain (1976). Actualmente ejerce como investigador principal del CONICET, con lugar de trabajo en la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de San Martín y como profesor titular regular de la carrera de Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires.